SANTA TERESA DE JESÚS

¿QUÉ DECIMOS DE NOSOTROS MISMOS?

III

El alma que está en gracia tiene en su compañía la santísima Trinidad; de aquí le viene al alma un poder que señorea toda la tierra.

(Santa Teresa de Jesús, en su Vida)

Vano sería ponderar al fatigado caminante las felicidades que le aguardan al fin de su viaje, si no se le diese alientos para proseguirlo, si viéndole decaído y sin fuerzas una mano amiga no le ayudase hasta dejar satisfechos sus deseos. Hemos mostrado a nuestros lectores en breves consideraciones la excelencia de su origen, y la felicidad que les aguarda si emprenden animosos y con perseverancia el recto camino de la virtud. Más, ¿quién les alargará una mano amiga para sostenerles en los desmayos y fortalecerles en los combates? ¿Cómo mudar la debilidad en fortaleza, y sacar del cansancio y desfallecimiento innato a todo mortal nuevos alientos y lozanía? Una palabra sola responde satisfactoriamente a todas estas preguntas: la gracia de Dios. He ahí el secreto de nuestra fortaleza, las riquezas de nuestra pobreza, el mérito de nuestras obras, el valor de nuestros actos, la hermosura de nuestra alma, nuestra virtud y felicidad.

¡Oh! si los hombres todos apreciaran la gracia en lo que vale, ¡cuán presto seríamos santos y la tierra semejaría la felicidad del cielo! ¡Oh! si todos los cristianos conociésemos la excelencia de la gracia, la dignidad a que nos sublima, ¡cómo desaparecerían del mundo las miserias que nos hacen desdichados! Eras, ¡oh hombre! de tu condición árbol silvestre, infructuoso, apto tan solo para ser arrancado y echado al fuego; mas Dios, movido a compasión, te cortó del inútil tronco y te injertó en Cristo Jesús, árbol de vida eterna, para que recibiendo de su savia pudieses dar frutos de salud. Esta savia es la gracia, que llama a otra gracia; estas gracias son méritos, y los méritos trocense en gloria eterna en el cielo. Más estimable es el menor grado de gracia que todos los bienes de naturaleza, pues por ella se hace el alma participante de la naturaleza divina. Si hoy corriera la voz de que se ha destruido el gran libro de la deuda pública, esta noticia ¡qué consternación no llevaría a muchos corazones! Si mañana se declarasen en quiebra las casas de comercio más acreditadas de Europa, ¡quién podría calcular la miseria y desolación que sembrarían en el seno de muchas familias! Pues bien; esas pérdidas de intereses materiales inmensas no acarrearían consecuencias tan fatales como las que resultan de la pérdida de un solo grado de gracia.

Estímate, pues, oh cristiano, en lo que vales por tener siempre a mano tan rico tesoro, y tener derecho con él a un reino eterno. ¿No es verdad que estimas en mucho los títulos de nobleza, los títulos de propiedad y todo lo que te presta honra y provecho? Pues la gracia del cielo es el título al portador, único que da franca entrada a la casa de los hijos de Dios, que da derecho a la herencia de una gloria y posesión inmensa. Con ella puedes ser dueño de las riquezas de todo un Dios, sentarte a su mesa, llamarte y ser hijo suyo. Sin ella sólo queda para ti tormento y miseria eterna. ¡Cuánto, pues, no debes estimarte por tener a tu disposición tan rico tesoro, que equivale a la posesión de Dios!

Comprenderás mejor la virtud y encantos de este don del cielo, sin el cual no puedes hacer ningún acto meritorio de vida eterna, con un ejemplo práctico que habrás admirado muchas veces, y en el cual no habrás fijado bastante tu consideración.

¿No has visto alguna vez al tierno niño cuando se prueba a andar, cómo le enseña su madre cariñosa? ¿cómo le acaricia, y le ayuda y le mueve a ello? Porque el niño es débil no se atreve por sí solo, ni podría hacerlo sin el auxilio de su madre, que le solicita con sus halagos y con sus regalos. Mírala cómo tiende los brazos hacia su hijito, y con la sonrisa en los labios y dulcísimas palabras en su boca le convida. llamándole por su nombre una y mil veces, a que se lance sin reparo a descansar en su seno. No temas la caída, hijo mío, le dice, porque mi mano te sostendrá. Mira todavía, si esto no basta a mover al niño a que se arroje con confianza en su regazo, cómo le muestra una chuchería, un dulce, para que, engolosinado con esto, por fin se resuelva y le dé el gusto de abrazarle. Es verdad que la madre podría hacerlo, acercándose un paso al infante; mas no quiere, porque desea premiar ese ligero esfuerzo y acostumbrarle a

andar por su pie. Pretende además que su pequeñuelo saboree las delicias y contentamiento que se halla en practicar una buena y meritoria acción. ¿No es cierto, lector mío, que la madre y el hijo al confundirse en apretado abrazo, después de vencer éste su natural timidez, que es dulcísimo, inefable el gozo de ambos? La madre premia a su pequeñuelo imprimiendo un ósculo amoroso en su frente; y el niño se goza mostrando a todos el premio que en esta empresa ganó. Y con estos ardides y astucias maternas el niño se anima y no teme subir cuevas y andar por montes y barrancos ente peñascales y zarzales, pues tiene siempre a mano las caricias y ayuda de su madre, que nunca le abandona en el peligro y en la necesidad. Pues aquí tienes explicado el secreto de la fortaleza de los justos, la dulzura y eficacia de la gracia de Dios.

Es Dios nuestro Señor, el Corazón adorable de Cristo Jesús nuestro Salvador y Amado, como un imán inmenso que solicita a nuestros corazones, les da impulso y vida. A pesar de ser más pesados que de hierro, como fueron formados por las manos de Dios, con el contacto de estas divinas manos recibieron el poder de ser atraídos de este imán de las almas, máxime al ser frotados con los beneficios divinos. ¿No recuerdas al Niño de Belén¹ que, con sus brazos tendidos hacia ti, con sus halagos y caricias, como describía bellamente un su amante, te forzaba a abrazarte con él, a unirte a su corazón adorable para que de allí recibieses fortaleza, vida y salud? Pues he ahí la operación de la gracia.

¡Oh Dios de amor! ¡Cuántas veces, Bien mío, te ha visto mi alma a su presencia con los brazos tendidos convidándome con tus divinos abrazos! ¡Cuántas al verme fatigado me has abierto tu seno para que me arrojase a descansar en él! ¡Oh Corazón dulcísimo de Jesús, mil veces más tierno que corazón de madre! recíbeme en tu retrete; ¿por qué me dejaste acá en tierra de enemigos de tu nombre? Tu gracia, que me previene, me llama, me mueve hacia ti, para unirme a tu Corazón; no la resista ya más, Señor, y sea contigo un solo espíritu, un solo corazón.

Aliéntate, pues, lector querido, con estas consoladores verdades que tanto ennoblecen tu condición. Si es verdad que sin Dios nada bueno podemos hacer, también es cierto que todo lo podemos con el auxilio de su gracia. Ella te endulza las amarguras de este destierro, te allana el camino del cielo, troce tu fortaleza, andarás y no desfallecerás, y te verás por experiencia forzado a exclamar con la seráfica Doctora, que tan bien probó las dulzuras de esta gracia:

“¡Oh Señor mío, cómo se os parece que sois poderoso! No es menester buscar razones para lo que Vos queréis, porque sobre toda razón natural hacéis las cosas tan posibles que dais a entender bien que no es menester mas de amaros de veras y dejarlo de veras todo por Vos, para que Vos, Señor mío, lo hagáis todo fácil. Bien viene aquí decir que fingís trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, Señor, ni sé como es estrecho el camino que lleva a Vos. Camino real veo que es, que no senda; camino que quien de verdad se pone en él va más seguro. Muy lejos están los puertos y rocas para caer; porque lo están de las ocasiones. Senda llamo yo y ruin senda y angosto camino, el que de una parte está un valle muy hondo a donde caer, y de la otra un despeñadero: no se han descuidado cuando se despeñan y se hacen pedazos. El que os ama de verdad, bien mío, seguro va por ancho camino y real, lejos está el despeñadero; no ha tropezado tantico cuando le dais Vos, Señor, la mano; no basta una caída y muchas si os tiene amor, y no a las cosas del mundo para perderse va por el valle de la humildad. No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de la perfección; el Señor por quien es nos dé a entender cuán mala es la seguridad en tan manifiestos peligros como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera seguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios. Los ojos en él, y no haya miedo se ponga este Sol de justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a él. No teman andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar un pedazo, que son las honras, y deleites y contentos semejantes que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer las musarañas. Mil veces me espanto y diez mil quería hartarme de llorar y dar voces a todos, para decir la gran ceguera y maldad mía, que si aprovechase algo para que ellos abriesen los ojos. Abráselos el que puede por su bondad, y no permita se me tornen a cegar a mí. Amén!”.

¹ Véase el número de enero, pág 111

LA SECTA DE LOS AMABLES

Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos: cada una lo procura como puede.

(*Camino de perfección, c. X*)

Aconsejaba la discreta madre santa Teresa de Jesús, que lo primero era apartar de las religiosas el amor del cuerpo y el apego a la salud, entendiendo siempre que ambas cosas sean con exceso. “Somos, decía, algunas tan regaladas de nuestro natural, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan a monjas en especial, y aún a las que no lo son, estas dos cosas”.

Es verdad. Guerra dura e incesante dan a los cristianos y a las cristinas que viven vida de profesión evangélica ambas cosas, el esmero de cuidarse y el de atender a conservar la salud. Todo se sacrifica a satisfacer concupiscencias más o menos pronunciadas, más o menos rebeldes, más o menos culpables; pero al cabo concupiscencias que ponen debilidad en el carácter, imbecilidad en las resoluciones, cobardía en el ánimo, duda y vacilación en los propósitos.

Si bien se atiende a esto, se comprenderá la razón de tales miserias y veleidades como degradan al hombre, y la razón de mil escándalos que relajan los vínculos sociales.

No hay que contar para nada con sujetos entregados a la vida cómoda, a la indolencia y a la molicie, ídolos del mundo. Sólo que unos hombres fundan su bienestar en las agitaciones continuas que alimentan su amor propio, otros buscan su felicidad en la inacción, y estudian muchos el modo de no inquietarse por nada ni aún pasar un mal rato, llamando *romper lanzas* al cumplimiento de sagrados deberes.

Los tales se avienen con el vicio y con el escándalo hasta el punto, no ya de reprobarlo o corregirlo, sino de disculparlo siempre en la mira de no alterar su deplorable reposo.

Entrando esta moral como gran factor en la vida humana, nos encontramos con una sociedad dulce, tolerante, suave de tal manera, que ha llegado a prevalecer en ella, no la condición de amables, sino más bien *la secta de los amables*, venida al mundo para lisonjear pasiones y santificar extravíos.

Todo lo que no es celebrar o aplaudir, o al menos consentir, o no desagradar al libertino o al cáustico decidor, se tiene por falta de mundo, y mundo en el lenguaje del mundo no es espantarse de las burlas y de los chistes malignos con que ofende a Dios, a la Religión, a la Iglesia, las virtudes cristianas, las prácticas piadosas, la honradez, la decencia y el prudente recato. Es menester agradar y aún favorecer a quienes pasan la vida divirtiendo las familias con anécdotas curiosas y con invenciones deplorables. Son como las sales de espíritu con que sazona la sociedad moderna sus peligrosos devaneos; y haciendo ocupación constante de tan culpables pasatiempos, hemos venido a dar en una sociedad que se disgusta de todo lo grave y digno. Así es que, tomando por rigidez la rectitud y por gazmoñería la piedad, no hay culto sino para *nuestro natural* regalado con artificios, y para *nuestra salud* cuidada con idolatría.

De aquí las malas amistades y los tratos perversos. El cuerpo, aún cansado, aún empobrecido, aún en mísera consunción, pide sin dejar de pedir, exige con terquedad, refina y trae a sí todas las cosas imaginables por medio de trazas diabólicas, haciendo pacto solemne con Belial y mirando con ceño de odio la ley santa de Dios.

Ni el cristiano ni la monja pueden ir delante en su profesión mientras solo procuren no morir. Muerte al pecado, muerte a la vida secular han profesado los hijos del Evangelio, y entran por caminos torcidos en las vías del Señor cuando atienden con amor excesivo y con amistad culpable a satisfacer necesidades de la vida que es menester soportar haciendo de las penas y amarguras tesoro de espirituales merecimientos.

Si apartamos de la vida cristiana las angustias y tribulaciones, ¿por qué sendas queremos penetrar en el reino de Dios? Todo se explica en el cristianismo por gloriosas resurrecciones, así como todo se explica en la vida humana por muertes de oprobio. Mueren los que pecan, murieron los que pecaron; y rehabilitados por bondad y benignidad del Salvador vinieron a nueva vida, muerto el hombre viejo del pecado.

Mas esta nueva vida se sostiene con humillaciones y abatimientos, sufriendo y padeciendo; llevando pacientes la cruz, no dejándola o haciéndola astillas; santificando, no renunciando los propósitos; aprendiendo a morir, no a **cuidarse para no morir**; que tal intento es a la vez locura y tentación.

Verdad es que no todos son llamados a cosas extraordinarias, ni todos son movidos de la misma manera y con iguales estímulos; mas es indudable que por muchas tribulaciones, sufridas con paciencia, hemos de llegar al reino de Dios; y nadie ha dicho que sean medios conducentes a este fin proporcionar agrados a la sangre y a la carne, y delicadezas a la salud. Sólo mortificándonos y padeciendo con Cristo se logra reinar con El. *Si compatimur, et conglorificabimur.*

Mucho gana el sensualismo con tales esmeros, y mucho gana el mundo con malos ejemplos, o con ejemplos de irreflexión. Cuando se ve a los buenos desvivirse por los recreos y avivar los apetitos en vez de mortificar los sentidos, y cuando los perfectos no desdeñan cierta clase de disipación, bien se puede asegurar que no domina allí el espíritu del Evangelio.

Hay en verdad que combatir de un modo preferente el epicureismo reinante; mas sería error de celo no atender a las falacias con que el espíritu maligno entretiene a las almas, aún devotas y delicadas, separándolas de un modo indirecto del ajustado y deleitoso camino de la perfección y de la obediencia; que como ellas sepan obedecer, sabrán amar y gozar mortificándose. No todo ha de ser combatir impiedades; hay también necesidad de ilustrar conciencias timoratas con tanta mayor razón cuánto más simulada es la tentación que las pone a prueba.

Santa Teresa no veía cosa reprehensible en punto a recreos naturales y a cuidados de la salud entre las hijas a quienes hablaba en los términos ya expuestos; y no obstante lo consigna con ánimo de enseñar y de prevenir. Sirva para todos el aviso; que viniendo de la discreta Reformadora, nada hemos de perder aprovechándolo. Mas por desgracia no faltarán pretextos alegados en forma de razones para persuadir como necesarias determinadas medicinas, que, si alguna vez son remedio a dolencias del cuerpo, de ordinario son tropiezo u ocasión de tropiezo para las almas. Con que atienda a que la monja no ha entrado en el monasterio para procurar no morir, sino para servir a Dios muriendo al mundo, juzgo que se hace un gran negocio, por otra parte requerido y ahora más que nunca indispensable.

Abrazarse con la cruz cuando la cruz es agradable, y por el lado que no hiera ni molesta; abrazar la vida perfecta en la forma que ni mortifica el amor propio, ni trae consigo abnegación y sacrificio, sino más bien complacencias, reposo y testimonios de consideración, tiene todo ello un dejo mundano inconciliable con el espíritu de profesión religiosa.

En verdad, en verdad que las monjas son vivo ejemplo de mortificaciones laudables y también son, por parte del mundo, objeto de ignominia y de oprobio; siendo además víctimas de angustia y de tribulaciones. Pero aún así, ¿qué pierden por recordar lo que santa Teresa decía sin tener entonces que lamentarlo? E todas maneras resultará que la docta Maestra de espíritu a todo acudía, unas veces dirigiendo, otras avisando, y como centinela de oído atento dejándose caer por medio de hábiles indicaciones siempre que el caso lo requería. *Auris Zeli audit. Omnia.* (Sap. 1, 10).

Fiesta de la Epifanía, 1874.

+ EL OBISPO DE JAÉN

UN HIJO DE LA GRAN TERESA EN MALABAR

Allá en los rosados años de mi adolescencia, en aquellos días tan ricos de esperanzas y de sueños para las almas jóvenes, y que tan dulces como ligeros resbalaban para mí en el colegio; cuando con un encanto que ya nunca después he tornado a sentir leía, profundamente abstraído, en Chateaubriand, Balmes o Lacordaire, las interesantes descripciones del misio-nero católico; en aquellas horas robadas al dormir muchas veces y consagradas a benditos y gloriosos sueños del alma; recuerdo que mi espíritu, rompiendo los muros de aquel estrecho recinto, complaciase en lanzarse por los espacios ilimitados de otros mundos donde satisfacer la ardiente sed que de espirituales conquistas le aquejaba, y creíase ya vagar por horizontes chispeantes de luz y penetrados de un mar de aromas, pero faltos ¡ay! de la esencial y verdadera lumbre del Evangelio que yo iba a encender, y vacíos de ese inefable olor de Jesucristo que, como vaso de elección, mi corazón iba a derramar. Entonces era cuando, desplegando sus alas de carmín y de nieve, me trasladaba la imaginación a regiones no visitadas aún por el europeo, y que yo, enviado de Dios, iba a poner bajo las salvadoras ramas del árbol glorioso de la cruz; y fantaseaba cruzar aquellas misteriosas soledades y perderme

por aquellas sendas vírgenes que, agitadas por los vientos del desierto, alzaban solemnes murmullos, ruidos salvajes, no suavizados ni embellecidos aún por la nota sublime que dijo el cielo a la tierra para perpetuo placer, por el nombre de Jesús que mi boca iba a pronunciar allí la primera. Era entonces cuando mi corazón, latiendo de emoción y presa de un entusiasmo indescriptible al sorprender en sus chozas de troncos de árboles a los habitantes del desierto, pobres hijos de Dios, se abandonaba a las impetuosas efusiones de su caridad por Cristo encendida, y con acento poderoso que resonaba con magnificencia a lo largo de las riberas y a través de los bosques, derramaba la semilla del Evangelio, de civilización y de cultura a la vez. Y ante la cruz que extendía sus amantes brazos a la entrada de los bosques, delante de las cabañas, o a las orillas de los ríos, se postraban fervientes y humillados los hijos del desierto hechos ya participantes de los frutos de la redención.

Tan generosas aspiraciones ¿eran sólo hijas de una imaginación acalorada, o brotaban a impulsos de ese fuego sagrado, germinador de los más altos hechos y origen de los más heroicos sacrificios, que se llama caridad?... ¡Dichoso yo si mis ardores de entonces hubieran podido siquiera remotamente compararse a los celestiales de Teresa que, siendo muy niña, otra cosa no ambicionaba que ir a tierra de moros para ser descabezada por Jesucristo!

En las temporadas de vacaciones solía venir a mi casa un venerable sacerdote que en su juventud misionó en el Malabar (Indias orientales). Toda mi dicha consistía en hacerle contar la historia de sus misiones por aquellas dilatadas regiones, recogiendo con profunda atención de mi espíritu y con purísimo deleite de mi corazón las animadas palabras del misionero.

Cierta tarde del estío que salí con él a paseo, como andásemos embebecidos en nuestra conversación, nos alejamos bastante espacio de la ciudad, encontrándonos casi de improviso a la entrada de un estrecho y profundo valle, o mejor, sombría hondonada, que yo ya conocía había algún tiempo. Supliqué a mi anciano compañero que tomásemos valle adentro, pues no lejos de allí encontraríamos un sitio verdaderamente delicioso para las almas pensadoras como la suya.

Tienen para mí tanto atractivo los valles profundos, sombríos y silenciosos; tanto me agradan esos lugares agrestes y desiertos donde la voz del misterio y la soledad habla al alma desconocidas palabras, que la llenan y la engrandecen; que ya me considero feliz el día que al tornar a mi casa vengo con el descubrimiento de un nuevo oasis de soledad y silencio entre los atolondrados ruidos del mundo.

A medida que íbamos entrando por el valle, este se estrechaba y se hacía más profundo, llegando, por fin, al término del mismo, donde las ramas se espesaban por ambos lados, la luz disminuía, el suelo se cubría de un verde y suave tapiz formado de menudas y afelpadas hierbas sin nombre, apareciendo las mismas peñas cubiertas de verdín y de musgo. El aire era también allí más fresco y agradable, y aunque no lo dijese el armonioso gotear del agua que por allí se percibía, hartó nos hubiesen dicho que por allí manaba alguna fuente aquellos ambientes cargados de rocío y de frescura que, al acariciar nuestras frentes, por tanto extremo nos deleitaban.

Era la fuente formada por una gruta labrada naturalmente en la piedra, de cuyas grietas y por bajo de lustrosas hojas de hiedra que, como un bordado de esmeralda, recataban el misterioso manantial, surtían dos o tres hilos de agua que en soñoliento ruido caían sobre la taza de la fuente, abierta también en la roca. Sobre la gruta colgaban en flotantes penachos las ramas de árboles amontonados allí como para aumentar la misteriosa y agradable oscuridad de aquel sitio. Por delante de la fuente corre un banco circular hecho de argamasa y tapizado de hiedra, en donde nos sentamos tan pronto como llegamos.

No hay nada que me haga pensar tanto como esos manantiales escondidos en el más retirado recodo de los valles, que vierten calladamente sus vírgenes ondas por los céspedes floridos, y van hasta a lo lejos a nutrir con sosegado murmullo las plantas expuestas temerariamente a los fuegos del sol y a los hielos del invierno. Diríase que allí habita un genio bienhechor que al sumergir los desnudos pies en las transparentes ondas, moviendo su cabellera de verdes tallos coronada, y ocultando el hermoso rostro en el hueco de la peña, parece llorar en el misterio de su retiro desconocidos dolores, penas incomprensibles, con un llanto tan amargo que él como fecundo para cuantos seres le rodean. Tal es el destino glorioso de seres que yo conozco, y a quienes desconoce el mundo desagradecido.

Mas tornando al misionero, que estaba sentado como yo en el banco circular, he de decir, si la verdad ha de ser contada, que como me pareciese a mí que sus pensamientos erraban por otros lugares del en que su cuerpo descansaba, me apresuré a preguntarle, porque nadie me gana a curioso, que dónde le traían y llevaban sus memorias y deseos.

- Este sitio, me contestó el bondadoso señor, evoca en mi alma el recuerdo de otro sitio inolvidable, muy parecido a éste en que nos hallamos.

Yo, que ya me moría por oír el relato de cosas maravillosas, agregué sin tardanza:

- ¿No podríamos saber el dichoso objeto de sus recuerdos de V.?

- Figúrate tú, me dijo el anciano misionero, que cuando hacía sobre unos diez años que estaba misionando en las Indias orientales, y cuando creía que hubiese encontrado mi sepultura bajo las verdes lianas de aquellos inmensos bosques, recibo de mi Superior la orden de pasar a Europa, donde ya no deseaba volver. Para trasladarme de la Misión donde estaba a la población donde acordé tomar una caballería, hube de atravesar extensas sabanas, bosques de palmas y sicomoros, impetuosos torrentes y terrenos peligrosos por los dañinos reptiles que entre las floridas hierbas serpentean. Después de algunas horas de caminar a pie, con el breviario bajo el brazo, quise tomar aliento en un lugar fresco y retirado que de improviso se ofreció a mis ojos.

A la sombra de unos álces y unos plátanos brotaba una pura y cristalina fuente que, rebosando del pequeño álveo de arena que la recogía, se espaciaba con blando susurro por entre las magnolias y los tulipanes que bordaban aquellas márgenes pobladas de altos y flexibles juncos. Insectos con atavíos de oro y azul, pájaros cubiertos de crespón y esmeralda pasaban en montón sobre mi cabeza, oyéndose el grito agudo del bengalí y el zumbido monótono de los insectos que pululaban sobre aquella vegetación espléndida y vigorosa.

Después de haber descansado y templado mi sed en la fuente, me disponía a marcharme y seguir mi camino, cuando de repente veo aparecer sobre la tajada peña que daba sobre el valle y bajo un penachudo y magnífico boabab que coronaba aquella altura con sus flotantes abanicos de hoja, un grupo de personas que me llaman en su idioma malabar que yo aprendí perfectamente, diciéndome:

- Nos han dicho que tú tienes una gran cosa, riquezas mayores que las que tiene el magnífico señor Kattak.

- ¿Yo grandes cosas? ¿yo riquezas?

- Sí, más que eso aún; nos han dicho que das la dicha y la felicidad. ¿No nos la podrías comunicar?

- ¡Oh! eso sí... La dicha, la felicidad en este mundo consiste, hijos míos, en conocer y amar a Jesucristo, Dios y Redentor mío, y vuestro también, de quien yo soy indigno ministro.

Al oír estas o semejantes palabras que yo les dirigí, bajaron los indios de aquella altura, yendo a buscar un camino que se perdía de vista desde el fondo del barranco.

No tardaron en aparecer delante de mis ojos un alto y fornido indio, una su mujer, un muchacho y una niña, que eran hijos suyos también. Después de mostrarme amistad y respeto con sus extrañas ceremonias y gestos, a que yo ya estaba hecho, me dijeron que de todas veras querían conocer a ese grande Señor, a quien yo acababa de nombrar.

Allí, a la sombra de aquellos sicomoros y álces, entre cuyas espesas ramas colgaban los hojosos tallos de las lianas; mientras dulcemente sonaban las gotas que al desprenderse de la peña y caer sobre el haz de aquella linfa transparente exhalaban melodiosos sonidos, yo trataba de descubrir, como me daba a entender el Señor, los tesoros de la infinita caridad y misericordia de Dios a favor de sus criaturas sin acepción de personas.

Admirados y embelesados noté que me escuchaban aquellos buenos indios, y aún me parecía que aquel aire salvaje y aquella mirada estúpida suyos se desvanecían a mis ojos, recobrando a su vez cierto talante lleno de humildad y dulzura que me los hacía interesantes. ¿Era que el Señor ya prevenía sus corazones con bendiciones de dulzura?

Uno y otro día me quedé entre aquella familia india, a fin de catequizarla bien antes de bautizarla. Mas no me fueron necesarios para eso tantos días como creí al principio, pues de donde yo podía menos esperar fui ayudado de una manera tan eficaz, que con dificultad lo hubiera sido de tal suerte por otro misionero.

¿Y cuál fue esa ayuda? me preguntarás tú ahora (decía el misionero). Pues has de saber que ya al principio hube de notar la vivacidad y notable despejo de aquella niña, hija de los indios; pues me escuchaba con una atención superior a sus años (que no pasarían de diez u once), y en su mirada se traslucía su inteligencia precoz. Pasé a enseñarle las respuestas del Catecismo, y quedé altamente sorprendido cuando, con sola una vez que se las dijese, me las repetía perfectamente. Ella las enseñaba después a sus padres y hermano, con lo cual su instrucción se adelantó rápidamente.

Era un cuadro sobre toda ponderación interesante ver a aquella familia de los bosques como, ya al nacer el sol, se postraba arrodillada delante de su cabaña, y adorando la cruz fija en el tronco de un gigante y pomposo talipot, entonaba al buen Dios, que fabricó la aurora, la

sencilla plegaria de la mañana. En esa actitud les solía yo sorprender muchas veces, y no me cansaba de bendecir al Señor por el último consuelo que me proporcionaba. Mis ojos se humedecían de dulces lágrimas cuando al ir a catequizar hería mis oídos el eco de sus oraciones, que el viento del desierto se complacía en prolongar.

¡Ah! siempre lo tendré en la memoria, proseguía el anciano misionero; era el día destinado a bautizarles. Vestidos con sus mejores y más decentes ropas vinieron los neófitos a la fuente donde les había visto la primera vez. En sus rostros resplandecía la alegría más pura. Sus corazones latían de placer y de dicha. ¡Iban a ser templos y santuarios del Señor! La felicidad les abría por fin sus amantes brazos. Yo también estaba lleno de emoción. Las lágrimas iban a saltar de mis ojos.

Por fin, después de algunos ejercicios piadosos propios de aquel solemne acto, mis manos derramaron el agua bautismal sobre la frente de aquellos indios, imponiéndoles a cada uno un nombre cristiano.

Renuncio a pintar, porque me sería imposible, el grandísimo contentamiento de aquellos ya dichosos cristianos. Era una cosa que conmovía y enternecía el corazón ver con qué delirantes muestras de amor abrazaban contra su corazón la cruz, en la cual habían encontrado ya el inestimable tesoro de su eterna felicidad.

La pobrecita muchacha ¡oh!... Sus ojos eran dos fuentes de incesantes lágrimas...- Quiero morir, quiero morir, me decía besando mis manos, porque yo soy cristiana, yo soy cristiana, - repetía gritando para que su corazón lo sintiese bien, y su alma se penetrase de tan grande verdad, y todo su ser se anegase en las olas de purísimos deleites que pasaban por las profundidades de su espíritu.

Procuré inspirarle devoción a santa Teresa de Jesús, cuya vida y cuyas virtudes traté de darle a conocer, y cuyo nombre lleva aquella niña desde el día de su Bautismo.

Por su vivacidad inocente y natural despejo, por la discreción y claridad de su entendimiento, por la viveza y ternura de sus sentimientos, la creí muy digna de ese nombre bendito, que a ella no se le escapa nunca de los labios y que sueña aún por aquellos bosques de canela y sicomoros. Teresa de Jesús, por otra parte, sé yo que correspondió a los inocentes obsequios de aquella niña, cuando no se hartaba de besar una estampa de santa Teresa, mi buena Madre (única que traje de Europa a aquellos lejanos países), y le pedía que la hiciese morir de amor por no morir y gozar de su amado Jesús en el cielo.

¡Teresa, Teresa de Malabar! El Señor te bendiga a ti y a tu familia, de la propia manera que os bendice desde su patria aquel misionero que os descubrió la felicidad que buscabais.

Así concluyó el misionero de contarme uno de los recuerdos de su misión en las Indias.- Yo no sé si a los piadosos lectores de la *Revista* les gustará este relato, echado a perder al pasar por mi pluma. Cúlpenme a mí, si al ofrecerles estas delicadas flores que tal riqueza de piedad y sentimiento atesoran, las hallan ya mustias y desvanecido el aroma, pues como dijo el Poeta:

Solo al tocarlas yo se marchitaron.

J. A.

LAS HIJAS DE TERESA DE JESÚS EN EL MONTE OLIVETE

El país elegido por Nuestro Señor Jesucristo para venir al mundo en carne mortal; en el que fue concebido, nació y vivió, asombrándole con inefables y estupendas maravillas, que fue regado con sus sudores y preciosísima sangre; en que quiso inmolarsé por nuestro amor, muriendo en el infame patíbulo de la cruz, y en que por fin resucitó y desde el cual ascendió a los cielos; en una palabra, la *Tierra Santa*, así comúnmente llamada desde la venida del Hijo de Dios, se halla dominada y tiranizada por los encarnizados enemigos del nombre cristiano.

Muchos siglos antes habían anunciado los Profetas todos los males que debía sufrir, ha sufrido y sufre aquella comarca; y el encadenamiento de los hechos históricos ofrece una señal clara e irrefutable de que de siglo en siglo la devastación no ha cesado, y la desolación continúa, pues significado también esta de antemano que durará hasta la consumación y el fin. (Dan. IX, 27)

Dios en sus inescrutables designios no ha permitido que los Santos Lugares estuvieran mucho tiempo en poder de los cristianos; mas el piadoso celo de éstos en todos tiempos ha procurado levantar monumentos de recordarán a las almas fieles las huellas que allí imprimiera nuestro adorado Redentor, para que no solo reciban la debida veneración aquellos Lugares santificados, si que también sirvan de signos que eleven el espíritu a la consideración de los prodigios del amor del Hombre-Dios para la redención del género humano.

Y en todas épocas también el Catolicismo ha producido héroes que a riesgo de su vida han concurrido de todas partes del mundo a establecerse en aquella tierra de recuerdos tan maravillosos para guardar y conservar en lo posible los lugares consagrados al culto, y celebrar en ellos los santos Misterios. El referir en particular los martirios, sufrimientos y persecuciones que con harta frecuencia han sufrido los Religiosos que guardan los santos Lugares sería interminable; mas a pesar de todo, allí continúan, sin que puedan esperar otra cosa de los sensuales dominadores de la Palestina, y de los herejes y cismáticos, insidiosos enemigos de nuestra sacrosanta religión, más que vejaciones y exacciones onerosísimas, para las que muchas veces no sufragan los fondos allegados por la piedad de los fieles.

Mas aquella fuerza de espíritu, necesaria para tanta abnegación y para el ejercicio de tan grandes virtudes, que solo el Cristianismo ha podido inspirar, no se halla vinculada únicamente en el sexo fuerte, pues el débil ha participado muy particularmente de ella desde los primeros siglos de la Iglesia, en los que ya fueron muchísimas las vírgenes que, separándose del bullicio del mundo, se consagraron enteramente al servicio de Dios; y este Señor, que en su infinita Providencia nunca deja sin contrapeso las iniquidades que se cometen, con frecuencia se ha valido también de la mujer para restablecer la pureza de las costumbres, el fervor y piedad evangélicos.

Cuando la Iglesia era violentamente atacada por el diabólico protestantismo, del que traen su origen las sectas filosóficas que en la actualidad la combaten y que neciamente esperan anonadar, la Providencia para conseguir los indicados fines, echando por tierra la herejía y el escándalo, y dejar acreditada la santidad perenne de nuestra Religión, entre otros recursos suscitó en nuestra España a una Virgen retirada en el claustro, a la gran santa Teresa de Jesús, de la Orden carmelitana. Su alma grande, amante de Jesús, angelical por su pureza, la indujo a establecer en su Orden la regla y fervor primitivos; y a pesar de los inconvenientes con que tropezó, de las contradicciones y persecuciones que sufrió para dar cima a su proyecto, la Orden del Carmelo fue reformada y floreció como en sus primitivos tiempos, y la Iglesia halló, y halla aún, en las virtudes y preces de las religiosas Carmelitas, una amplia compensación de los muchos males y escándalos que entonces la afligían, y que aún hoy día la constriñan.

Y ahora que la impiedad parece gozarse proclamando insensatamente en Europa el próximo fin de la inmortal Iglesia, católica, apostólica y romana, es cuando ella manifiesta mayor superabundancia de vida, alejando de los verdaderos cristianos la general tibieza que se notaba en la fe, y dilatando el imperio de ésta en todo el universo. Muy recientemente tres Carmelitas descalzas de Francia, vírgenes fervorosas, consagradas a Dios en el suelo de su patria, acaban de abandonarlo para establecerse en la Palestina y vivir cerca de la tumba de su Amado, a fin de que las continuas plegarias que le dirigen sean más eficaces para conseguir su propia santificación, el triunfo de la Iglesia y salvación de todo el linaje humano. Convencidas están de las contrariedades que han de experimentar entre los infieles, y vislumbrando quizá el martirio; mas son hijas de la gran Teresa de Jesús, y nada temen.

¿Deseáis saber cuál es el lugar elegido por aquellas tres heroínas, hijas de Teresa de Jesús, para fundar un nuevo convento de su Religión? Antes de llegar a la cumbre del monte de las Olivas, a corta distancia del sitio desde el cual el Señor se subió a los cielos, existen las ruinas de una antigua capilla, que santa Elena mandó construir en el paraje en que el divino Maestro enseñó a sus discípulos la oración *del Padre nuestro*. Pues este sitio, llamado aún en el día por los cristianos de Oriente la Iglesia de la *Oración dominical*, es el lugar en que no tardará en aparecer levantado un nuevo monasterio de la Orden de santa Teresa por alguna de sus fieles hijas, que llenas del espíritu de su santa Madre aspiran a demostrar más y más su amor a Jesús en aquel mismo paraje en que El oró y enseñó a orar a sus Discípulos.

¡Oh qué lugar tan a propósito para que las hijas de Teresa de Jesús obtengan con mayor generosidad de Dios el espíritu de oración, que es el medio infalible para llegar a la suma perfección! Allí la admirable Oración dominical no dejará de ser el tema más predilecto de aquellas Vírgenes contemplativas, ya por ser la oración que proporciona mayor materia de reflexión, ya por ser la que más gustaba repetir su seráfica Madre, porque derrama en el alma grandes torrentes de consuelo, pues autoriza al cristiano a dar a Dios el dulcísimo nombre de

Padre; a considerarse como un hijo suyo, y a pedirle con confianza las gracias y bienes que nos son permitidos disfrutar sobre la tierra, y las que nos aseguran la eterna felicidad del cielo.

Hermanas mías, jóvenes católicas que pertenecéis a la Asociación formada bajo la protección de María Inmaculada y Teresa de Jesús, en nuestro cuarto de hora de meditación traslademos nuestro espíritu a aquel lugar santificado por nuestro Salvador; unámonos a aquellas Religiosas, esclarecidas hijas de la que también es nuestra Madre, y reflexionemos en el silencio de la oración mental sobre los beneficios que Dios nos dispensa por medio de la oración del *Padre nuestro*. Si así lo hiciéremos podremos estar seguras de sentirnos abismadas de gusto y de consuelo, y de hacernos partícipes del mayor que deberán experimentar aquellas buenas Religiosas al hacer resonar a los oídos del Corazón de Jesús la misma súplica que en aquel mismo lugar brotó un día de sus labios.

Y vosotros, fervorosos lectores de la *Revista Teresiana*, uníos también a las hijas de Teresa de Jesús en el monte Olivete; pues ya que sois admiradores de los escritos de tan gran Doctora, y procuráis imbuiros en sus santas máximas para imitar sus virtudes, no dejéis de dedicar un cuarto de hora a lo menos cada día a la oración, ya que por ella nuestra Santa nos asegura la gloria eterna.

Una hija de María inmaculada y Teresa de Jesús

NUEVA NOVENA EN OBSEQUIO DEL SEÑOR SAN JOSÉ

En las cubiertas del presente número hallarán nuestros estimados lectores el anuncio de una nueva novena al glorioso san José, esposo de Nuestra Señora, que ha compuesto el Director de esta *Revista*. Con objeto de darla a conocer, transcribimos a continuación una de las nueve hermosas consideraciones que contiene sobre nuestro benditísimo Patriarca.

SENTIMIENTOS DEL CORAZÓN DE SAN JOSÉ EN LA PÉRDIDA DEL NIÑO JESÚS

I

Deslizábanse tranquilos los días en la vida de san José en la modesta tienda de Nazaret, como corren calladamente al mar las aguas de manso río. Ganaba el pan con el sudor de su frente, con el humilde oficio de carpintero, es verdad; pero este sudor lo enjugaba, o al menos lo refrescaba la presencia y conversación de su divino Jesús. ¡Oh! gozar en este destierro de la compañía y trato familiar de aquel que forma las delicias de los bienaventurados, es la suprema dicha a que puede aspirar un mortal. Pero Dios, que mezcla el gozo con el llanto para dar mayor ocasión de merecer a sus siervos, permite días de grandes tempestades, y a esta ley debían estar sujetos María y José. Muchos fueron los dolores de san José, mas el que experimentó en la pérdida de su Hijo superó a todos. Orígenes asegura que san José sufrió en esta ocasión más que todos los Mártires. Jesús, hasta entonces tan sumiso y tierno, se aparta de sus padres, los deja partir sin advertirlos: prevé el abismo de penas en que ha de sumirlos su ausencia, y sin embargo los abandona... ¡Qué dolor para nuestro Santo! Su humildad profunda teme haber perdido por su culpa aquel tesoro. Ignora si será perpetua esta separación. Tal vez sólo quiso el Señor confiarle a sus cuidados a Jesús durante sus infantiles años. Quizás padece ya por los hombres, quizás empieza a verter su sangre lejos de sus paternos ojos. ¿Quién podrá medir el dolor y las angustias de un alma tan santa como la de nuestro Patriarca, apartada de la presencia de su Dios? ¡Oh Santo mío! dame a gustar de tu pena para compadecerte y compadecer a las almas a que Dios se oculta con amor, y llorar las veces que yo le he perdido por mis culpas.

II

San José con María su esposa no se entregó a una consternación inerte... buscole a Jesús diligentemente en el camino y en Jerusalén, sin dejar sitio sin registrar, ni persona a quien pedir... ¡Jesús, hijo mío, -iba clamando san José, - hijo mío Jesús! ¿a dónde te escondiste, amado mío, y me dejaste con gemido? Como la cierva huiste. ¡Voy corriendo en tu busca y no te encuentro! – Hechas en lo humano todas las diligencias, sin resultado acuden al templo a encomendar a Dios el negocio. Mas ¡oh sorpresa! ¡oh gozo inexplicable! Ven al Niño Jesús, a quien lloraban perdido por tres días, sentado en el templo en medio de los doctores,

oyéndolos e interrogándolos y admirando a todos con la profundidad y sabiduría de sus respuestas. Suspensos y llenos de estupor, adelantándose María, le dice: "Hijo mío, ¿por qué obraste así? Tu padre y yo te buscábamos consternados". Tiernísima reconvención fue esta por cierto, para la cual la autorizaba su calidad de Madre, y que nos revela la vehemencia suma del dolor que experimentó san José, a quien llama por esto con el tierno nombre de Padre. ¡Oh corazón paternal de mi señor san José! ¡Cómo excluirías en esta ocasión con el Profeta: "A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos, oh buen Jesús, llenaron de alegría a mi alma"! Llorabate perdido, hijo mío Jesús, maltratado, ignominiosamente muerto; y te hallo en el templo honrado y admirado de los doctores, dándoles vida con tu doctrina celestial.

Aprende, oh devoto del Santo, la diligencia con que debes buscar a Jesús, si por desgracia le pierdes por el pecado. No le busques donde le perdiste, esto es, en el bullicio del mundo; no en medio de amigos y parientes, sino en el retiro y soledad del templo, en el recogimiento de la oración, en el sosiego del santuario. Aquí se manifestará a tu alma, será tu Jesús, que llenará los senos inmensos de tu corazón. ¡Oh mi Jesús, a quien tantas veces he arrojado de mi alma con el pecado! Ven y abrázame con tu gracia, y muera en tu amor.

III

Saca por fruto de esta meditación el imitar al divino Jesús en la conducta que observó con sus padres. Aunque Jesús aprobó en su interior la reconvención que le dio su Madre, nacida del tierno amor que le profesaba, para nuestro ejemplo repuso gravemente: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en los negocios que conciernen a mi Padre celestial?". ¡Qué lección encierran estas divinas palabras para tantas almas débiles y contemporizadoras, que no reparan en faltar a su conciencia y en resistir a los llamamientos del cielo, por no mal quistarse con el mundo, por no romper con una amistad! ¡Ay dolor! para todos se guardan atenciones, menos para nuestro Dios: se teme incurrir en el desagrado de las criaturas, y no se teme descontentar a Dios; la gratitud nos obliga, la buena cortesía nos sujeta a mil descortesías e ingratitudes con nuestro primer amigo y principal bienhechor. ¿Y por qué todo esto? Porque nos olvidamos que la primera ley, superior a todo, que debemos observar, es la gloria de Dios cumpliendo su santa voluntad. ¿Lo exige la divina gloria? ¿Cumpliréis la voluntad de Dios? Romped cualquier vínculo, renunciad a vuestra casa y comodidades, a vuestros padres terrenos, para seguir la voz del Padre celestial: pisad por ellos si se oponen a vuestro paso al cumplir este máximo deber, dice san Jerónimo. Primero Dios que todo, porque debemos más a él que a nadie. La primera gratitud, la primera obediencia, la primera atención, para Dios; y en tanto guardaremos ley a los demás en cuanto no se oponga a la del Señor. Húndase el mundo antes que descontentar a mi Dios: húndase todo antes que ofender a Dios. Su gloria y el cumplimiento de su voluntad santa serán la norma de mi conducta, mi alimento, mi vida. ¡OH Jesús, María y José! Dadme esta gracia de vivir y morir cumpliendo vuestra santísima voluntad. Amén.

De ninguna manera nos lo perdonaríamos, si no diésemos a conocer a nuestros lectores unos tiernos y sentidos versos escritos por una Religiosa carmelita, hija enamorada de Teresa de Jesús. Un alma "que sólo al pronunciar ese nombre querido se llena de inefables consuelos, siendo tal la emoción de su corazón que hasta el habla se le ha quitado alguna vez", como ella nos dice en una estimadísima carta; un alma que tanto ama, y que al ensayarse en alguna poesía "imprime en el papel los sentimientos íntimos de su corazón, cuidándose poco o nada de pensar lo que va a escribir, sino de escribir lo que siente y nada más", como nos dice con amable ingenuidad; y que "sólo llevada de los tormentos de afición, de cariño y amor hacia la hermosa Santa, escribe en el retiro de su celda, y en los ratos de recreo", como añade; quien tal hace y de tal modo lo hace (decimos nosotros), ¿será extraño que sepa producir puras y delicadas flores, si de sencillo y virginal ropaje vestidas, ricas empero de sentimiento, que es el alma de toda poesía?

Lean, pues, y deléitense nuestros lectores con el cántico de amor que una poetisa llamada Sor Teresa de Jesús levanta su lira ceñida de virginales lirios a otra sor Teresa de Jesús, santa, poetisa y querida Madre suya.

UNA VISIÓN

En nube celeste
te he visto venir
más fresca y hermosa
que rosa de abril.
Tu talle es esbelto
cual palma gentil,
tu rostro más bello
que el de un serafín.
Son negros tus ojos
y tal su bullir
que cautivo queda
quien se fija en ti.
Blanco y rico manto
con colores mil
juega en el espacio
y te adorna a ti.

Estando en silencio
llegué yo a advertir
que tú, casta esposa,
del Dios de David,
¡con vuelo gracioso
te llegas a mí.

Entonces confusa
y fuera de mí,
le digo: ¿Quién eres?
respóndeme, di.
Pues vienes del cielo,
no hay duda que en ti
ha puesto el Eterno
tesoros sin fin.
Me mira gozosa,
¡dichosa de mí!
y dulce sonrisa
en ella advertí.
A mirarla vuelvo...
vuelve a sonreír,
y sus dulces labios
hubo de imprimir
en mi humilde frente...
y yo los sentí.

Entonces me dijo
con voz muy sutil:
¿Quieres que mi nombre
te diga al partir?

Me llaman Teresa
de Jesús, que a ti
me manda te diga
si quieres venir
a donde yo habito
con el querubín,
pues llevas mi nombre
que con frenesí
pronuncias y alabas
hasta en el dormir.
Preciso te es, hija,
del placer huir,
siendo tus desvelos
imitarme a mí.
Esto sólo dijo,
y la vi subir
en trono de rosa,
nácar y marfil.
Hermosa entró al cielo
y yo quedé aquí
tan de amor herida,
que pensé morir.

Sor Teresa de Jesús de la Asunción

Baeza, octubre de 1873.

Hay un error o farsa muy boyante, por desgracia, en nuestros días, que envuelve y fascina a muchas inteligencias claras y a ciertas almas que parecen devotas, pero que ni estas ni aquellas tienen perfecto conocimiento de la religión católica. A la vuelta de muy pocos años lo que se consideraba como monomanía, ha pasado a ser manía bastante universal, y puede considerarse como una secta organizada, temible por las fatales consecuencias que de sus errores han de sentir inevitablemente el individuo, la familia y la sociedad.

Hablamos del espiritismo, esa farsa según unos, o magia según otros, y quizás las dos cosas a la vez, que está en vías de grande propaganda, ya por los poderosos medios de que dispone, ya por la falta de verdadera fe en el pueblo cristiano; porque si la aparición de los sofistas es señal de decadencia de la verdadera filosofía, la aparición y aceptación de estos errores arguye falta o debilidad en la fe cristiana. No puede pasarse la razón humana sin la fe; y cuando no cree lo sobrenatural, abraza por desgracia o justo castigo lo que es antinatural, subnatural. Esto pensamos cuando vemos a hombres serios y que blasonan de despreocupados porque tienen la suerte ¡pobrecillos! de no creer los misterios de la religión católica evidentemente creíbles, se sientan a la mesa del espiritista, de un pobre diablo, pero listo, que no sabe de qué va, y hasta quizás orarán para que venga el buen espíritu y les halague con dulces mentiras. ¡Desgraciados! ¡cómo se cumple en ellos la sentencia del gran Bossuet! Por no querer creer misterios incomprensibles, siguen unos tras otros incomprensibles errores.

Oigan un sucedido que nos remite un amigo y que damos a continuación sin añadir ni quitar un ápice, y se convencerán nuestros lectores de la exactitud con que exclama el amigo compasivo:

¡POBRES ESPIRITISTAS!

Pues, señor, ¿no son locos de atar esta pobre gente? Un día nos pintan a sus espíritus y a sus mediums poco menos que omnipotentes, y otro día nos los describen miedosos, asustadizos. ¿Y por quién y de qué? No lo adivinarían nuestros lectores si no les refiriésemos un caso histórico sucedido en nuestros días (aún no hace tres meses) y que hemos recogido de la boca misma de testigo ocular y fidedigno.- ¿Por qué, preguntaba con interés un joven católico a un médium escribiente y parlante, por qué se han enmohecido vuestras plumas y ha enmudecido vuestro espíritu? ¿Cómo es que escasean las reuniones nocturnas de murciélagos para ver y oír cosas del otro mundo?

- No puedo de ningún modo en las presentes circunstancias.

- ¿Acaso se le han caído o cortado cuando menos las alas a vuestro espíritu, que no se cierne sobre vuestra cabeza con la frecuencia de antes?

- ¡Oh! no; nada de eso.

- Será que no tendrá cosas que contaros.

- Mucho menos.

- Pues, decid, hombre de Dios, ¿por qué se ha agotado la mina que con perdón sea dicho de tantos bobalicones e incrédulos os proporcionaba buenas pesetas y os consentía vivir holgadamente?

- Me lo han prohibido.

- ¿Quién? ¿algún espíritu bueno?

- No, señor.

- Pues, decid, por vida de los mediums, el motivo, esa fuerza tan poderosa que de tantos intereses os priva.

- Ya que me importunáis, os lo diré con llaneza.

No ignoráis cómo hace algunos días fuerza armada estuvo en mi pueblo. Pues bien, algunos de mis clientes ponderaron al jefe de estos espíritus infernales encarnados en mis habilidades en evocar espíritus y hacer hablar a los muertos. Me llamó, fui a su casa, y rodeado de gentes de armas me obligaron a maniobrar. ¡Pobre de mí! Si en mi vida espiritista me he visto en aprieto, fue en aquella ocasión. Maldiciones e imprecaciones de unos, amenazas de otros, y sobre todo algunos golpes de virga ferrea de unos pocos que me sacudían el polvo de lo lindo, aunque ligeramente, para excitar mejor mi soñoliento espíritu, según ellos decían, me turbaron de modo que no pude en su presencia hacer cosa de provecho. Volvieron a excitar al espíritu con una lluvia de menudos golpes, pero que me llegaban al interior del alma, hasta que por fin cansados de esperar y llamándolo superchería, y tratándome de embustero y embaucador, me arrojaron con ignominia de su presencia, diciéndome con estentórea voz el jefe dicho: "Esta vez palos; otra vez balas, miserable espiritista; y todos los medios y mediums no os liberarán de mis manos. Con que, que no se repita la comedia; de lo contrario parará en tragedia, y a Dios, que os guarde de los espíritus". Así dijo, y desde entonces tengo miedo, mucho miedo a los espíritus, y francamente no me excitan como antes a hablar y escribir: los palos y balas no convienen a los espíritus.

- Tanto mejor. No me explico entonces cómo los espíritus tienen miedo a los cuerpos. ¿Cómo puede llegar a ellos su maléfica influencia?

- Yo te diré; es por temor del sujeto.

- ¡Ya! pues entonces ¿qué se ha hecho de su poder? Ahora reconozco la trampa. ¿Por qué los tiranos con sus tormentos y muertes las más horripilantes no podían hacer callar ni vencer al espíritu de Dios que hablaba por boca de los Mártires?

- Mi virtud no llega a tanto, porque esto del espiritismo es para mí un modus vivendi, y no quiero valerme de él si ha de serme un modus moriendi. Ahora ya tengo bastante para pasarme algunos años sin trabajar con los ahorrillos que me ha proporcionado este lucrativo empleo, y no quiero exponerme a una desgracia irreparable.

- ¡Pobres espiritistas! exclamé entonces, ¡cómo se conoce que no es el espíritu del bien el que os anima! En todos tiempos el diablo ha sido la mona de Dios; pero ¡cuán fea, cuán repugnante! ¡Pobres espiritistas! pues, por un modo de vivir, no temen exponerse a morir para siempre.

SAN PAFNUCIO Y EL GAITERO

El Señor aprecia más un alma que por nuestra industria y oración le ganaremos, que todos los servicios que le podemos hacer.

(*Santa Teresa de Jesús*)

En estos tiempos en que tanto abundan los pecados y los escándalos, en que se bebe la iniquidad como el agua, bueno será contar a nuestros lectores, que por solo el motivo de ser amantes de Teresa de Jesús tienen encargo especial de velar por su honra menospreciada, el ejemplo admirable que nos refieren las vidas de los Padres del yermo. Lo insertamos en nuestra *Revista para excitar la industria y oración* de algunas almas que sólo se contentan en ser buenas para sí, cuidando muy poco de procurar la salvación de sus hermanos. Lean y mediten lo que les pide el Señor.

San Pafnucio había vivido no pocos en el desierto, donde a fuerza de desvelos y rigurosas penitencias tuvo la dicha de alcanzar la santificación. Ocurrióle en cierta ocasión una idea extraña, y se atrevió a manifestarla a Dios en la oración: deseaba saber quien había en el mundo que le igualase en santidad; pedíalo con simplicidad de corazón y verdadera humildad, y el Señor, por lo mismo, se dignó acceder a su demanda. Díjole, pues, que su santidad se igualaba a la de cierto gaitero de una aldea de Egipto, la cual le nombró. Resolviese al punto el Santo a ir en busca de dicha persona. Apenas llegó a la aldea, lo primero que hizo fue preguntarle por el gaitero, y respondieronle que estaba tocando en la taberna para divertir a los que estaban allí bebiendo. “¡Cosa extraña!” dijo para sí san Pafnucio. Sin embargo, fuese a su encuentro, y luego que llegó a verle, llamole aparte, y le habló acerca de su vida espiritual y obras buenas que había practicado. “¡Obras buenas! replicó el gaitero, no sé que yo haya hecho nunca nada bueno; solamente me acuerdo que allá cuando yo era ladrón, salvé el honor de una virgen consagrada a Dios, y en otra ocasión entregué de limosna cierta cantidad de dinero a una doncella pobre que, por su extrema necesidad, ofrecíase a pecar”. No bien acabó de hablar, cuando entendió el Santo que Dios había otorgado al gaitero gracias iguales a las suyas, porque movido por la gloria de su Hacedor llegó a impedir, durante su estragada vida de ladrón, dos culpas mortales.

¿Cuántas no hubiéramos podido impedir nosotros si por Jesús hubiésemos hecho valer nuestro talento, riquezas, posición social con el mismo celo con que lo procuramos por nuestros intereses o regalo? ¡Qué lástima! Podríamos hoy todos ser santos, y somos delante de Dios quizás grandes pecadores, porque por nuestra apatía o tibieza e indiferencia dejamos que avance el mal y se aumenten los pecados. ¡Qué cuenta tan rigurosa nos espera! Encomendémonos, y compensemos desde hoy con nuestra industria y oración por salvar las almas nuestra pasada incuria y flojedad. ¡Oh Celadora de los intereses de Jesucristo, querida Madre mía Teresa de Jesús! Danos una centellita de tu celo por salvar las almas, y entonces comprenderemos la verdad de tus palabras: “Me parece cierto a mí, que para librar una sola alma de los gravísimos tormentos del infierno, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana”.

SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA

Tortosa.- Una señora de esta ciudad se hallaba a principios del mes de enero próximo pasado postrada en el lecho con grandes dolores de estómago y horribles vómitos, que le impedían tomar alimento alguno hacía ya más de quince días, y hasta el agua arrojaba inmediatamente que la bebía. Esto, y la circunstancia de hallarse embarazada de ocho meses, la había puesto en un estado tan alarmante y tal postración de fuerzas, que se temía por su vida cuando llegara el momento de dar a luz, mayormente si se consideraba que sus dos partos anteriores habían sido penosísimos y desgraciados. En tan triste situación le ocurrió encomendarse a santa Teresa de Jesús, abogada de las parturientas, y prometió insertar el favor en su *Revista Teresiana* si se dignaba atender a sus ruegos. Y no en vano acudió a nuestra amorosa Protectora; pues a los cuatro días dio a luz de un modo providencial un hermoso niño, que no esperaba aún, y pocos días después se levantó de la cama sin más molestia que la natural debilidad que sienten en igual caso todas las madres. Cumplimos con un deber publicando en

nuestra *Revista* este beneficio especial, del cual podemos ser testigos por haber sido llamados para hacer la promesa y ayudar a la enferma con nuestras pobres oraciones.

Hospital del Rey.- Un devoto de nuestra gran Santa y Doctora nos escribe desde Hospital del Rey (Burgos) la siguiente relación de un favor debido a su intercesión: "Hallándome hace un año en el pueblo de Nebreda desempeñando la cura de almas, fui atacado el 6 de octubre de un fuerte dolor de muelas, inflamada en gran manera la encía superior del lado izquierdo y toda la cara hinchada de tal manera, que no podía comer, dormir, ni descansar un momento: dábame baños, poníame cataplasmas, y sin embargo, no hallaba ningún alivio. Viendo que nada alcanzaba con los remedios humanos, recorrí a los divinos.

Acordeme de un pañito que tenía, tocado al santo Corazón y brazo de santa Teresa de Jesús, y como yo estaba en cama, mandé a una hermana que me asistía, me lo alcanzase de donde estaba, y lleno de una vivísima fe y confianza le apliqué a la parte doliente; y ¡cosa rara y admirable! lo mismo fue hacer esta aplicación que cesaron por completo los dolores; yo enterrecido no cesaba de dar gracias a Dios y a esta bendita Madre, y luego después quedeme en un sueño dulce.

La narración que acabo de hacer es toda la verdad, sin quitar ni poner cosa: sea por todo alabado este Querubín del cielo. Amén"

SANTA TERESA DE JESÚS OBSEQUIADA POR SUS DEVOTOS

Monistrol de Montserrat.- Esta fabril e industriosa villa ha visto este año notablemente aumentada la devoción a nuestra seráfica Doctora. A pesar de las críticas circunstancias porque está atravesando, han tenido lugar en ella unas muy lindas funciones en honor de santa Teresa de Jesús. En el domingo anterior al día de la fiesta se cantaron con toda solemnidad Tercia y una misa con sermón, y por la tarde Vísperas y Completas, siendo bastante la concurrencia y estando el altar profusamente iluminado. Iguales funciones se hicieron el día de la fiesta, y tanto en esos dos días como en los demás de la octava fueron muchas las Comuniones.

Oviedo.- En la santa iglesia Catedral, basílica de esta capital, se celebró en el altar dedicado a santa Teresa de Jesús una misa solemne, ocupando la sagrada cátedra el muy ilustre señor Vicario general del obispado.

Benicarló.- Bella es la relación que se nos hace de los devotos cultos tributados a la ilustre Heroína del Carmelo en el religioso pueblo de Benicarló. De ella extractamos los siguientes obsequios. El día 19 de octubre, último de un brillante novenario, hubo Comunión general, misa solemne con sermón y exposición de Jesús sacramentado y con grande iluminación. Por la tarde Completas cantadas, y luego fue llevada la Santa en procesión por las calles con grande devoción de todos los fieles amantes de Teresa de Jesús. Está instalada en este religioso pueblo, y confiamos prosperará mucho, la Asociación de Jóvenes católicas, hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús, porque conocen a la graciosa española y esclarecida Santa multitud de corazones jóvenes y animosos, merced al celo del director local de la Asociación.- Varios señores Arzobispos y Obispos de España ven bendiciendo y concediendo indulgencias a esta obra de celo, admirablemente oportuna en estos tiempos de tibieza e indiferencia. Haga Jesús de Teresa por los méritos de Teresa de Jesús que se propague y consolide en todas partes animada del espíritu de oración y celo por los intereses de Jesús, que es su verdadero distintivo.

Callosa de Segura.- Se obsequió a nuestra insigne Patrona, en su día, con una solemne misa y sermón.

Palma de Mallorca.- Con la solemnidad acostumbrada se celebró en la capital de las Baleares una devota novena a santa Teresa de Jesús. En el día de la fiesta hubo misa cantada a toda orquesta, y por la tarde Trisagio cantado y sermón, estando todo el día expuesta S.D.M.

Uildecona.- No obstante de haber sido día de trabajo aquel en que se celebró la fiesta de la Doctora castellana, hubo bastante concurrencia a las funciones, que consistieron en una Comunión general a las siete y media de la mañana, y en una misa solemne con sermón a las nueve.- Las hijas de María han asociado a su Patrona la Doctora española santa Teresa de Jesús, contándose más de ciento ochenta doncellas que se glorían de ser también hijas de Teresa de Jesús, consagrándole a este fin, como previene el reglamento, un cuarto de hora de oración en soledad todos los días.

Calaceite.- Todos los devotos Teresianos, que son muy numerosos en este religioso pueblo, obsequiaron con misa, sermón y novena a la Heroína española, comulgando muchas personas en obsequio de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús. Cuanta también instalada, con la aprobación del ilustrísimo señor Obispo, que ha nombrado director al celoso Párroco, la Asociación de Jóvenes católicas, hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús. "Están animadíssimas estas ciento cincuenta jóvenes Teresianas, nos escriben de dicho lugar, y aman muy mucho a su seráfica madre Teresa de Jesús".

REVISTA EXTRANJERA

Roma.- El día 15 del pasado mes de enero, nuestro santísimo Padre Pío IX, acomodándose al ejemplo de aquel Señor que dijo: *Dejad venir a mí los niños*, se dignó admitir en su presencia a cerca de trescientos pequeñitos de ambos sexos pertenecientes a la más escogida sociedad romana, los cuales rodeando su sagrada persona pudieron oír de sus labios palabras de vida eterna y recibir su apostólica bendición.

En efecto; toda esta multitud de niños y niñas, acompañados de sus propios padres, estaban con hermoso orden colocados en la sala del Consistorio, aguardando la llegada de su amoroso Padre y Señor, cuando éste, al punto de mediodía, se sentaba en el trono, rodeado de su noble corte y de muchos cardenales y prelados, que acudieron ansiosos de asistir a una audiencia verdaderamente tierna y filial.

Entonces la pequeñita Angelina Giovenale se postró a los pies del Santo Padre, y recitando, animada de los más nobles sentimientos, una tierna octava, le presentó un bellissimo ramo de cándidos lirios, en cuyo seno se encerraba una buena suma de dinero, producida por los ahorros de sus compañeros y compañeras en los juegos propios de su edad, y en ocasión de la festividad de los santos Reyes.

Luego su hermanita Constancia y el jovencito Juan Angelini recitaron con el mayor entusiasmo un graciosísimo diálogo que mereció la soberana aprobación.

El Santo Padre, enternecido por estos sinceros testimonios de afecto y de amor, antes de bendecir a estos sus amados e inocentes hijos, les dirigió con su acostumbrada benignidad un discurso paternal.

Además, después de haber sido presentado a Su Santidad un elegante álbum que contenía los nombres de todos los presentes y las composiciones poéticas ya recitadas, fueron cantados inmediatamente, en poesías acomodadas a las presentes circunstancias y contenidas también en el dicho álbum, los clásicos coros de la plegaria e introducción del **Moisés**, con sorprendente efecto y exactitud, por cerca cincuenta niños y niñas, acompañándolos con armonium el Rdo. D. Francisco Borghi, profesor de humanidades y de canto gregoriano en el colegio de la Propaganda, quien, honrándose mucho, se había prestado con poco tiempo y rara habilidad a hacer aprender los susodichos coros a aquel improvisado ejército de cantores.

Últimamente el Santo Padre dio a besar su pie y su mano a las mismas celosas promotoras de los tres anteriores años, los señores María Valenciani-Giovenale y Mariano Ostini-Angelini, como también el reverendo D. Francisco Borghi, dejándoles un testimonio de su soberano reconocimiento, como también para todos aquellos niños y niñas que habían recitado las poesías y tomado parte en el canto.

Por fin el Santo Padre, bendiciendo a todos sus carísimos hijitos, se separó de ellos en medio de las más vivas aclamaciones.

- El día 16 del mes próximo pasado, Su Santidad se dignó hacer la ceremonia de abrir la boca a los nuevos cardenales Emos. Sres. Alejandro Franchi, Mariano Barrio y Fernández,

Luis Oreglia de San Esteban, Camilo Tarquini y Tomás Martinelli, creados y publicados en el día 22 del pasado mes de diciembre.

En el mismo día fueron preconizados los Prelados españoles que a continuación se indican:

D. Miguel Payá y Rico, trasladado de la santa Iglesia de Cuenca a la metropolitana de Compostela.

D. Esteban José Pérez y Martínez, trasladado de la santa Iglesia de Málaga a la metropolitana de Tarragona.

D. Joaquín Lluch y Garriga, trasladado de la santa Iglesia de Salamanca a la de Barcelona.

D. Narciso Martínez Izquierdo, para la santa Iglesia de Salamanca.

D. Victoriano Guisáosla y Fernández, para la santa Iglesia de Teruel.

D. Raimundo Fernández y Lafita, para la santa Iglesia de Jaca.

D. Ceferino González y Díaz Muñón, para la santa Iglesia de Málaga.

D. Mariano Cuartero, para la santa Iglesia de Nueva Segovia, en Filipinas.

D. Juan Antonio Puig y Montserrat, para la santa Iglesia de Puerto-Rico.

- El Papa ha dispuesto retirar de las iglesias y conventos de Roma todas las reliquias, a fin de salvarlas de las manos de los incrédulos y de los iconoclastas italianos, y guardarlas en su palacio. Ya están allí las cabezas de los apóstoles san Pedro, san Pablo y san Juan Bautista.

Alemania.- El habilísimo, poderoso y afortunado príncipe de Bismark empieza ya a bajar la cuesta de su grandeza y poderío.

Quizás los mayores peligros los encuentra hoy en sus adversarios alemanes, más que en el extranjero, como acaban de demostrar las últimas elecciones para el Reichstact alemán.

No se conoce todavía el resultado definitivo de estas elecciones, pero sabese por el telégrafo que la mayoría sacada de las urnas por el gobierno alemán es menor que las anteriores, y que los progresistas, los socialistas y los católicos sobre todos, han ganado gran número de distritos.

También ha sufrido un revés notable el famoso canciller en el asunto de la publicación, hecha, según todas las señales, por orden suya, de una supuesta Bula pontificia sobre la forma de la elección del sucesor de Pío IX. Negada terminantemente la autenticidad de esta maquiavélica trama, el señor Bismark no ha podido salir del paso, a pesar de su talento, sino con el recurso vulgar de ofrecer por conducto de uno de sus periódicos que muy pronto se publicarán las pruebas de la existencia de la Bula.

Ni la de Mecó servirá a Bismark en este asunto.

- La princesa María Czartoriski, condesa de Grocholska, y viuda del príncipe Witold Czartoriski, ha entrado en el Carmelo de Posen. Es la cuñada del pretendiente de Polonia, Ladislao Czartoriski, la que da este grande ejemplo en una época en que sólo queda en pie para las Ordenes religiosas la divisa de santa Teresa: "O sufrir, o morir".

Ecuador.- Un solemne decreto de la república del Ecuador consagra este Estado al sagrado Corazón de Jesús, fija un día del año como fiesta dedicada a este objeto, y dispone que en todas las iglesias de la república se consigne este hecho memorable en una inscripción con letras de oro.

Otro decreto asigna al Papa una renta anual del 10 por 100 del producto de las décimas, y ordena a la tesorería nacional el inmediato envío de 10.000 pesos como donativo al Prisionero del Vaticano.

El texto de la ley en cuya virtud la república del Ecuador asigna a la Santa Sede parte de sus rentas es como sigue:

"El Senado y los diputados del Ecuador reunidos en Congreso:

Considerando: 1º, que la población católica debe contribuir al sostenimiento del gobierno universal de la Iglesia; 2º, que ese deber es más imperioso hoy que nuestro Padre Santo se halla despojado por inicuas usurpaciones de sus tierras y de sus rentas, y que ningún gobierno católico debe temer cumplir con ese deber; 3º, que los recursos de la república le permiten dar en cierto modo un testimonio de adhesión a la Santa Sede, decretan:

Artículo 1º. Diez por ciento de la parte de las rentas de la Iglesia (diezmos) que pertenecen al Estado, será enviado anualmente por el ejecutivo al Padre Santo, durante la

situación angustiosa con que se halla ahora afligido y como una ofrenda de justicia, de lealtad y de respeto que el pueblo del Ecuador hace el Jefe de la Iglesia.

Art. 2º. El presente decreto se considerará vigente a contar desde el principio del corriente año.

Dado en Quito, capital de la república, a 1º de octubre de 1873.

Firmado por los presidentes y secretarios del Senado y de la Cámara de diputados el 3 de octubre, y por el Presidente de la república, García Moreno”.

Suiza.- Los reverendos Obispos de Suiza han dirigido una “protesta al Consejo federal”, contra la supresión de la Nunciatura.

En ella se lamentan de las persecuciones de que es víctima la Iglesia en aquel país y refutan los pretextos en que el Consejo federal se funda, en su nota del 12 de diciembre, para despedir al representante de la Santa Sede; insisten también al paso en las ventajas que el establecimiento de la Nunciatura ha reportado al país en el curso de tres siglos; denuncian semejante supresión como un nuevo agravio a los intereses religiosos que hierde profundamente a los Obispos, los sacerdotes y los fieles; protestando, por último, de su adhesión inquebrantable a la Santa Sede.

GRACIAS

Que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

La causa de la beatificación de la venerable Ana de Jesús, compañera de santa Teresa de Jesús.- La salud de un ilustre enfermo.- Las misiones de Malabar.- La conversión y cristiana muerte de dos personas.- La salud de una enferma.- Las jóvenes católicas.- Un negocio temporal.- La cristiana educación de los niños.- La extensión de la devoción favorita del Corazón de Jesucristo.- Una vocación contrariada.- Feliz acierto en una obra de celo.- La Suiza y Alemania católicas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs.	1,720'60
Cherta.- A.S.S., una hija de María Inmaculada y Teresa de Jesús pide a la santa Doctora acierto en la elección de estado y la libertad de Pío IX			12
J.F.G. por el triunfo de la Iglesia y remedio de una grande necesidad			20
Hospital del Rey.- José Portugal: Santa Teresa de Jesús y Santa mía, dadnos paz. No permitáis que vuestras hijas y amadas hermanas mías salgan de los palomarcitos de la Virgen, como Vos los llamasteis. Alcanzad la libertad de Pío IX cuanto antes			6
Alba de Tormes.- J. Santos Salcedo, por Pío IX cautivo y pobre. Alcanzale, Teresa de Jesús, la libertad			3
San Carlos de la Rápita.- B. V. P.			4
Tortosa.- Querida Santa mía, Vos que tanto podéis con mi Señor Jesús, pedidle un rayo de luz divina para mi entendimiento, un incendio de su amor para mi corazón, y para mi voluntad una entera conformidad con la suya. Os lo pide por caridad vuestra indigna hija			20
Rioseco de Campos.- Doctora seráfica, alcanzad la libertad del Pontífice de la Purísima, y bendecid a Dª Victoria Girón			100

Suma Rs. 1,885'60

(Sigue abierta la suscripción)